

Una última mirada hacia la Luna



carpediem



Todo era perfecto hasta su partida. Tristeza y añoranza fueron nuestros primeros sentimientos al ver que corríais hacia ese lugar prometido al que, no se sabe con qué criterio de elección, alguien se va de nuestras vidas. Aunque ahora soy capaz de afrontarlo de distinta forma y sonreír, confiando en que, estéis donde estéis, estaremos juntas. Sonríe por los bellos recuerdos con vosotras, sonrío por lo que os quiero, aunque no siempre se puede ser positivo; entonces, y sólo entonces entristezco al recordar que no os puedo abrazar y besar una última vez. Por ello miro hacia la Luna, esperando todas las noches que volváis a estar conmigo durante un instante, deseando veros por última vez, y así dejar de llorarle a la Luna por vuestra ausencia, y sonreírle por mi amor hacia vosotras.

Desde lo más profundo de mi corazón, os ofrezco este relato simbólico, intentando reflejar mediante palabras, tarea ardua de completar, lo que os quiero, extraño y aprecio.

Con cariño. Luz Plateada.

Esa fue la última carta que mandé sin destino a mi abuela y a mi tía, a las que tanto añoro.

Puede que me digan que soy fría, pero demuestro mis sentimientos a mi manera, y esta carta es una de esas veces en las que me expreso a alguien sin esperar que mis palabras lleguen a ningún conocido, simplemente deseando que alguien consiga entender cómo me siento, cuando realmente ni siquiera yo sé si alguna persona llega a leer mis sentimientos de esta forma.

Dicho esto, comenzaré a relatar.

Todo comenzó una mañana soleada de Abril. Como todos los días, me levanté temprano para prepararme y llegar puntual al instituto. Pasé toda la mañana allí, como cada día de lunes a viernes. A la salida, una compañera llamada Silvia vino a mi casa conmigo, pues se quedaba a comer. A decir verdad le tengo mucho aprecio, y espero que sigamos teniendo tan buena relación hasta que nuestros caminos, desgraciadamente, se separen. Volviendo a la historia, he de deciros que Silvia no venía a casa para simplemente comer. En realidad venía para, aparte de pasar un rato juntas, hablar sobre nuestro proyecto trimestral.

Decidimos charlar un rato después de comer, por lo que subimos las escaleras hasta llegar a mi cuarto, donde acomodamos la cama y entablamos una conversación.

Realmente quería encaminar la conversación hasta llegar a algo muy importante de lo que le quería hablar. Algo que solamente mis padres sabían y que no me había atrevido a contar a nadie más. Le estaba confiando algo tan importante como un bebé recién nacido, por lo que me armé de valor y se lo solté: *“La he visto.”*

Silvia no comprendió a lo que me refería.

-¿Qué?

-Ayer conseguí verla. Vino aquí, a mi cuarto. Pude abrazarla. Me trajo esto-. Saqué una carta de un cajón de mi escritorio y se la enseñé.- Léela.

-No entiendo nada.

-Tú sólo lee la carta. Entonces lo entenderás todo.

La carta decía lo siguiente:

Hola mi niña.

He de ser breve pues mucho tiempo no me queda, pero lo que tengo que decirte es algo importante. Nos citaremos el sábado a las cuatro de la tarde en el parador que hay junto a la Ermita de la Virgen de la Verdosa. Quiero que seas lo más cauta posible, pues esto no lo puede saber cualquiera. He de decirte algo urgentemente. Quiero verte.

Te quiero muchísimo.

De tu tía.

-¿Qué te parece?-Le pregunté a mi amiga.

Se hizo un silencio incómodo, pues creo que no comprendía lo que estaba sucediendo. De quién provenía esa carta. Lo que significaba. Algo estaba a punto de pasar. Tenía que descubrirlo. Descubrirlo junto a ella, una de las pocas personas que conocían todos mis secretos. Y “ella” me había elegido a mí para la tarea. Debía acompañarme.

-No comprendo-. mi suposición era correcta.

-¿El qué? ¡Debes venir conmigo! ¡Ayudarme!

-¿Cómo?

-¿Me acompañarás?

-Pero es que no sé si...

-Contesta por favor. ¿Sí o no?

-Déjame consultarlo...

-Contesta. Te lo pido por favor. No me tengas en ascuas.

-¡No lo sé! ¡No me presiones!-. Y se fue corriendo de casa, sin habernos dado tiempo siquiera a charlar sobre el proyecto.

No la volví a ver hasta el día anterior a la quedada, ni siquiera en el instituto. Quizás estaba enferma; quizás no tenía agallas para venir por miedo a que la presionara (y yo me defendiendo diciendo que ella también estaba implicada y quería que viviese conmigo aquella experiencia. De ahí mi insistencia).

Me la crucé en la parada del autobús del pueblo. Yo tenía que ir a la biblioteca por que ya había quedado con otra amiga para hacer el trabajo, pues ella se negaba a dirigirme la palabra.

La miré.

-¿Silvia?-No contestó-. ¡¿Silvia?!

-Déjame.

-Lo has consultado, ¿verdad? Lo que te dije...

-Puede-. Un tono ciertamente juguetón salía de su boca-. Quizá sí, quizá no. No lo sabrás hasta que te disculpes por hablarme así.

Yo no tenía ganas de más discusiones, a lo mejor por el agotador día que había tenido, o puede que fuese por la prisa que llevaba, así que no me quería entretener mucho.

-Lo siento...

-Está bien-. Comentó, indiferente a mis disculpas-. La verdad es que sí que lo he consultado con mis padres. Y la verdad es que...sí que me dejan acompañarte. Pero con la condición de que hagamos adecuadamente el proyecto-. Entonces me guiñó un ojo, signo de que había engañado a sus padres, cosa que en absoluto esperaba que viniera de ella.

-Gracias-. Esa fue la última palabra que logró escuchar salir de mi boca hasta el día siguiente.

.....
Era sábado. Terminé de comer y me fui a mi cuarto a leer un nuevo libro titulado "Ephraim magicae". Notaba que se me olvidaba algo mientras que empezaba a buscar la primera página. Seguidamente sonó el timbre, entonces lo recordé. ¡La cita! Eran las tres y media. Tenía que apresurarme.

Salí disparada hacia la puerta, y sin más revuelos, empezamos a caminar hacia el lugar en el que habíamos quedado con alguien muy especial para mí.

No compartimos mirada, gesto o palabra hasta llegar al pie de la ermita, entonces mi amiga me miró, con un cierto brillo de inquietud y miedo reflejado en su mirada.

-¿Estás segura?

-Sí- le contesté- nunca había estado tan segura de algo.

Aunque dije eso, mi tono de voz delataba algo de inquietud, pero, un segundo después nos cogimos de la mano y juntas fuimos al lugar.

Llegamos, al fin, y, con temor, nos sentamos en un banco que había en el mirador de aquel parador. Nos dimos cuenta de que no había nadie, pero decidimos esperar, pues era la hora a la que debíamos estar allí, lo que significaba que ya habíamos realizado nuestro cometido.

Pensé que debíamos irnos, cuando, de repente, una hoja cayó en mi regazo. Luego otra, y otra, y otra más. Seguidamente algo me tocó la espalda, y, como acto reflejo, me giré. Era ella y estaba allí, y Silvia, al igual que yo, estaba alucinando.

-P, pp, pero...

-Hola cariño-. dijo mi tía entre sollozos- ¡Cuánto te he echado de menos!- y me abrazó.

Por fin pude abrazar a mi tía, a la que tanto extrañaba, y rompí a llorar, al igual que ella.

-¡Te quiero, te quiero, te quiero!-exclamé.

-Y yo cariño, pero no tengo mucho tiempo. Lo siento por ser fría, pero cada minuto cuenta, y estoy muy preocupada por tu abuela-. dijo secándose las lágrimas.

-¿Cómo es que te puedo ver? ¿Qué ocurre?-pregunté con un tono bastante preocupado.

-Porque no me he ido, aunque el tema no es ese. Sigo aquí porque he de irme con tu abuela, mi madre...Pero no está conmigo. No la encuentro, y la necesito...Nos necesitamos. Ella tampoco puede irse sin mí. Quiero descansar de una vez junto a ella, y no sé qué hacer para que vuelva a estar conmigo si no logro encontrarla. ¡Nuestras almas han de ser liberadas!

-¿Y qué puedo hacer yo?

-Tú tenías un estrecho vínculo con ella. Seguro que seguís estando juntas. Piénsalo. Sólo dime si sabes algo sobre ella. Es lo único que necesito...

-No sé nada. Desde que os fuisteis...Solo sé que os extraño mucho, y verte aquí es como...un sueño.

-Solo te pido que me avises si sabes algo de ella. La extraño tanto como tú. Dime por favor que me ayudarás.

En ese momento miré hacia donde debería estar Silvia, pero no la encontré. La busqué con la mirada, y vi que estaba asomada al mirador, entonces comprendí que deseaba darnos intimidad.

-Sí. ¡Claro que te ayudaré! Pero... ¿Yo también la podré llegar a tener junto mí?

-Realmente eso no lo sé. Simplemente quiero que me avises si llegas a conocer su paradero. Toma este medallón-. sacó una medalla con la forma de una hermosa hoja de una de las mangas de su camisa-. Si lo agitas sonará. Esa será nuestra llamada secreta. Entonces me besó la frente y se desvaneció.

Desubicada, me levanté de mi asiento y llamé a mi amiga, la que vino a pasos lentos y cautelosos. Le fui contando todo por el camino hasta que llegué a casa, entonces ella tomó el camino hacia la suya y se despidió, con un semblante serio y con un matiz triste.

Le conté todo a mis padres, y, ya de noche y bien temprano, me fui a dormir.

Fue una noche extraña, llena de sueños, pesadillas y otras visiones...que no pude clasificar. Me eran indiferentes.

Pasé el día siguiente pensando sobre si lo que me había dicho mi tía era cierto. Si en verdad tenía que encontrar a mi abuela. Si en realidad todo aquello era un simple sueño, y lo que no sabía era que en seguida lo descubriría...

Por lo demás fue un día común, aunque no pudiese quitarme a esas dos personas tan especiales para mí de la mente.

Todo empezó cuando me acosté.

A simple vista no tenía sueño, pero quería descansar bien para el día que me esperaba, aunque, al acostarme, mi cuerpo quedó en un periodo de trance, y después se durmió.

Lo que vino a continuación no sé si fue un sueño o una realidad, pero yo lo viví intensamente.

De repente me encontraba en la Luna. Comencé a caminar, y, tras unos minutos vi a lo lejos una silueta sentada mirando hacia donde estaba la Tierra.

Un impulso hizo que me acercara corriendo, sin pensar ni por un segundo que realmente todo aquello era surrealista.

Cuando estuve cerca de la mujer que había sentada, ni se inmutó. Ni siquiera hizo alguna señal que indicase que notara mi presencia, por lo que le toqué el hombro. Inmediatamente se giró y me abrazó. Yo la abracé, y entonces sentí la reciprocidad de nuestro afecto. Era mi abuelita, a la que tanto extrañaba, pensaba y quería.

La miré a la cara, y entonces me dijo algo que nunca olvidaré: “Tú eres lo que necesitaba”. Seguidamente se desvaneció, precisamente en el instante anterior a mi despertar. En ese momento comprendí que ella me había estado buscando, igual que yo a ella a través de la Luna. Que buscábamos una última muestra de afecto que sellara su descanso, la cual encontramos en aquel intenso abrazo. Recuerdo que lloré de alegría, pues pude ver una última vez a mi abuela. Supe que no necesitaba avisar a mi tía: ya estarían juntas...

Finalmente decidí guardar el medallón, y, como ya la había visto una última vez, la anterior fue mi última mirada hacia la Luna, aunque yo las seguiría queriendo por siempre.